

# El colonialismo verde en las estructuras coloniales

Una perspectiva panafricana

*Nnimmo Bassey*

## **Introducción**

Cuando se considera a África como un estado, ignorando la fragmentación del continente en muchos países, se pasa por alto la multiplicidad inherente de realidades y subjetividades. África puede haber sido un país, pero únicamente en el origen de la humanidad y por poco tiempo. Dado que los territorios son algo más que expresiones geográficas, debemos tener presentes las múltiples realidades de África. La lucha por forjar una realidad panafricana ha ilustrado la extensión multilocal de África, incluso a través de la comprensión de quiénes son lxs africanxs. Ayuda a ver la configuración de África tanto en términos geográficos como más allá de las fronteras físicas. Este encuadre ayuda a comprender las enormes influencias de la diáspora en las luchas por la verdadera liberación del continente y apunta a una reconstrucción inclusiva que se basa en los principios de justicia de género y justicia ecológica, con claros fundamentos ecosocialistas.

No tenemos por qué pintar un cuadro idílico de la vida en África. Sin embargo, el continente poseía una historia de reinos y culturas avanzadas antes de la llegada perturbadora de los aventureros y comerciantes europeos en el siglo XV. Si bien no deseamos reconstruir aquellos momentos, es pertinente señalar que los siglos posteriores dieron origen a violentos enfrentamientos, que se afianzaron con el colonialismo y que persisten hasta la fecha. Los visitantes se encontraron con comunidades y reinos en gran medida ordenados, con acuerdos sociales basados en el respeto, la interdependencia y el cuidado.

La vida en las comunidades se regía por un estado de integración: la comprensión de que la acción humana se rige por nuestras interconexiones con el mundo que nos rodea. Según Omedi Ochieng, esta integración implica reconocer los antecedentes ecológicos e históricos que estructuran y forman lo que somos y dan forma a los horizontes de lo que podríamos llegar a ser. Empieza por prestar atención al aire que respiramos, a la tierra que pisamos, al agua que bebemos, al fuego que utilizamos y al formidable peso de la historia: la política, la economía y la cultura (Ochieng, 2018). Estas han sido en gran parte aplastadas o distorsionadas por años de conquista, colonialismo y expropiación imperial.

La visión de África como un vasto paisaje con recursos ilimitados por explotar quedó rígidamente arraigada en la mentalidad colonial e impulsó conceptos de conservación que ignoraban la verdadera causa de la degradación que se desataba de su explotación y consumo sin sentido. Algunos han entendido estos conceptos como conservación de fortalezas (Marcus, 2021), que exige la expulsión de la población de los paisajes africanos supuestamente para “proteger la Naturaleza”. Esta invención de la mentalidad colonial ha dado lugar a graves injusticias sociales en los intentos de recrear el mítico “Edén Africano” (Land Portal, 2022).

Para el colonialista, los territorios colonizados deben ser zonas desprovistas de seres humanos y de comunidades humanas. Esta postura radica en la visión de África o de cualquier territorio

colonizado como un territorio sacrificado y vacío que solo es aplicable en los términos establecidos por el colonialista. Como expongo en mi libro de 2012 *To Cook a Continent* (Cocinar un continente), la pregunta que se plantea a menudo en los círculos políticos es qué se puede hacer con África, y, en momentos de generosidad, la pregunta pasa a ser qué se puede hacer por África (Bassey, 2012).

## **Colonialismo verde e interno en África**

En el contexto del colonialismo verde, también debemos analizar qué se le ha hecho a África. El colonialismo verde es una fusión y extensión del colonialismo político, económico y sociocultural. Se ha construido y cimentado sobre el colonialismo profundamente arraigado a través del cual los líderes africanos han sido programados para crear, por ejemplo, en el sistema internacional de conservación del patrimonio, y han utilizado las llamadas normas internacionales o ajenas para promover sus propios intereses (Blanc, 2021).

Además de la conservación de fortalezas, el colonialismo vendió a las élites locales la idea de buscar dinero en las economías exteriores a cambio de materiales naturales y mano de obra. Los estados neocoloniales mantienen este modelo de buscar inversiones extranjeras directas [IED] que principalmente extraen mano de obra y materias primas y les dan divisas cuyos valores se fijan a distancia. Ejemplos de cómo las colonias quedaron atrapadas en estos callejones sin salida de divisas pueden verse en la agricultura de plantación, que cambió el cultivo de alimentos por el cultivo lucrativo. La agricultura de cultivos comerciales de la época colonial perpetuó los sistemas agrícolas explotadores creados bajo la esclavitud. Hoy en día, la agricultura de plantación sigue produciendo cultivos de exportación, provocando acaparamientos de tierras y excluyendo a los agricultores de la producción de alimentos para sus comunidades. Para complicar el asunto, las plantaciones y los monocultivos, además de alimentar los mercados exteriores, ahora también proporcionan biocombustibles

para las máquinas o para la bioenergía. Ya sea en el sector agrícola, minero o de los combustibles fósiles, los dirigentes africanos siguen buscando sobre todo divisas, a precios en cuya fijación no desempeñan ningún papel.

Las estructuras erigidas por el colonialismo y la era poscolonial alteraron drásticamente la dinámica socioeconómica y política del continente africano. El colonialismo sembró las semillas de los modelos rentistas y las manipulaciones de instituciones financieras internacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional [FMI] las regaron. La deuda también ha sido una herramienta para alterar los imaginarios de desarrollo y presionar a los países para que se abran más al saqueo (sobre la deuda, ver también el capítulo de Miriam Lang, Alberto Acosta y Esperanza Martínez en este libro). Los gobiernos se ven presionados para pagar el servicio de la deuda externa y satisfacer las necesidades de importación, y conceden a las empresas transnacionales condiciones económicas liberales, como exenciones fiscales, cuotas laborales y libertad para repatriar todos los beneficios de sus transacciones. Además, se asocian de forma incestuosa con estas empresas, lo que hace imposible instituir un control regulador serio. La falta de voluntad o la incapacidad de los gobiernos para controlar las acciones de las empresas han conducido a una explotación ecocida, que ya ha creado zonas muertas en algunas áreas.

La consolidación de la libertad de explotación también se ha visto favorecida por la creación de zonas de libre comercio o zonas económicas especiales, que se han caracterizado por ser enclaves de excepción (Adunbi, 2022) (ver el capítulo de Rachmi Hertanti en este libro sobre las repercusiones de las normas comerciales). Una clase de zona de libre comercio [ZLC] es la zona franca industrial [ZFI], creada generalmente en los países en desarrollo por sus gobiernos para promover las exportaciones industriales y comerciales. Según el Banco Mundial, estas zonas son “pequeñas áreas cercadas, libres de impuestos, que ofrecen instalaciones de depósito, almacenamiento y distribución para el comercio, el transbordo y las operaciones

de reexportación” (Akinci y Crittle, 2008). Muchos países ven en esas zonas el principal estímulo para atraer inversiones extranjeras directas. La Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo [UNCTAD] informa de que hay más de doscientas zonas económicas especiales [ZEE] repartidas por treinta y ocho países africanos. También señala que “al menos cincuenta y seis zonas están en construcción, y otras se encuentran todavía en una fase temprana de desarrollo” (UNCTAD, 2021). En África hay unas ciento cincuenta mil hectáreas de terreno dedicadas a ZEE, y se han movilizado más de dos mil seiscientos millones de dólares estadounidenses en inversiones para la agroindustria, la industria manufacturera y los servicios (Aro, 2022).

El régimen de extracción para obtener divisas ha sido una historia interminable de sustracción, que apenas añade valor a las personas o al planeta. Los principios voluntarios y superficiales de derechos humanos y las iniciativas de transparencia ayudan a las empresas a maquillar de verde sus actividades y a exportar suciedad a los “políticos corruptos”. Esta desafortunada situación fue prevista por Frantz Fanon cuando señaló en su clásico libro *Los condenados de la tierra* que el colonialismo se contenta con sacar a la luz los recursos naturales, que extrae y exporta para satisfacer las necesidades de las industrias de la madre patria, permitiendo así que ciertos sectores de la colonia se enriquezcan relativamente. “Mientras el resto de la colonia continúa, si no lo ahonda, su subdesarrollo y su miseria” (Fanon, [1961] (2004). Fanon vio cómo las estructuras coloniales fragmentan las naciones y amplían las subjetividades que frenan los esfuerzos por construir la unidad africana. Señaló que

[...] la unidad africana, fórmula vaga a la que los hombres y mujeres de África se habían ligado emocionalmente y cuyo valor funcional consistía en presionar terriblemente al colonialismo, revela su verdadero rostro y se desmenuza en regionalismos dentro de una misma realidad nacional. La burguesía nacional, como piensa solo en sus intereses inmediatos, como no ve más allá de sus narices, se